

Y SUS REVOLUCIONES.

55

sin actos de violencia por parte de los Españoles ni de resistencia por la de los Mejicanos. Esto no quiere decir que Cortes se entregó a la ociosidad ; muy al contrario nunca trabajó mas ni con mejor éxito : adquirió conocimientos importantes sobre las localidades , los medios de ataque y de defensa , y los puntos de escala y de refugio en una retirada : se impuso a fondo de los usos , costumbres y preocupaciones del pais, y del modo de hacerlos servir a su intento. Pero en lo que trabajó con mas fruto y teson fué en causar todos aquellos cambios , que le eran necesarios , valiendose para todo del inmenso ascendiente que ejercia sobre Moctezuma. Desde luego se guardó bien de hacer nada que pudiese ni aun remotamente interpretarse contrario a la constitucion del imperio ni a la libertad del monarca, aquella se respetó como sagrada, y de esta se dieron todas las aparentes seguridades a que daba lugar la buena intelijencia que reinaba entre el y los Españoles, y el empeño con que Moctezuma se esforzaba a persuadir que su residencia entre ellos era obra solo de su eleccion.

Como por otra parte sus ministros y domesticos vivian y estaban con el sin oposicion alguna , como desempeñaba sin obstaculo todas las funciones del gobierno, salia cuando le parecia conveniente, y se alejaba hasta donde queria , finalmente como no se advertia ninguna variacion sensible en nada , los

Mejicanos llegaron a familiarizarse con este estado de cosas; mas Cortes sin ocuparse de menudencias iba separando muy poco a poco de los puestos publicos a cuantos podian ser obstaculo a sus designios, y llenandolos con los que le eran adictos o tenian tan poca capacidad que no inspiraban temores. Entre las cosas que mas cuidado dieron a este gefe y que jamas podia separar de su imaginacion, una de ellas era la dificultad de la retirada en un reves, por la facilidad de cortar las calzadas, unico medio de salir de la ciudad. Se propuso pues, el construir algunos bergantines que lo hiciesen dueño de la laguna, pero la dificultad estaba en hacerlo de modo que los Mejicanos no llegasen a sospechar el verdadero objeto de esta medida. Procuró pues escitar la curiosidad de Moctezuma, y lo hizo de modo que este monarca solicitó vivamente lo que Cortes deseaba mas que el; inmediatamente se hizo venir de Veracruz la jarcia, clavazon y velamen que se habian reservado despues de la destruccion de las naves, y se construyeron dos pequeños buques que fueron la admiracion de todos por su maniobra y la rapidez de sus movimientos. Mucho era lo que Cortes habia avanzado si se consideran los pasos por donde llegó a hacerse dueño del gobierno de Mejico, y los debiles medios que lo condujeron a este termino; sin embargo su obra estaba todavia en el aire, y era necesario multiplicar los titulos que

justificasen, aunque fuese en la apariencia, una guerra inevitable.

Cuando llegó a creer que su ascendiente sobre Moctezuma y la deferencia de los Mejicanos a su voluntad se habia fortificado por el habito y la costumbre de obedecer, y por la idea de una superioridad indisputable y de una fuerza invencible hasta entonces no desmentida, se determinó a dar el ultimo paso que debia poner en sus manos todos los titulos legales a la posesion del imperio de que pretendia hacerse dueño. Propuso pues a Moctezuma que se hiciese subdito y tributario del rey de España. Este monarca, aunque abatido y humillado, no pudo oír sin grande disgusto semejante proposicion; mas aunque su semblante lo manifestaba, el respeto que le imponia Cortes hizo que las palabras de enojo en que iba a prorumpir espirasen en sus labios. No se atrevió pues a desechar lo que se le proponia, pero pidió esplicaciones, y cuando por estas se le aseguró de que todo estaba reducido a pagar un tributo anual y a guardar una fidelidad que no parecia incluir ninguna cosa determinada, se resolvió a hacer con menos disgusto lo que se le pedia, dejando al tiempo y a lo que de sí diesen las circunstancias el cumplimiento de lo estipulado. Convenido con Cortes en lo que se habia de hacer, convocó una asamblea de los grandes de su imperio. En ella, a pesar de hallarse prevenido para el caso, dió

muestras del mas profundo sentimiento al anunciar el objeto que la motivó. Con una voz entrecortada y balbuciente, acompañada de lagrimas mal reprimidas, anunció a sus nobles que era llegado el tiempo predicho por las tradiciones del imperio, en el que aparecerian viniendo del oriente los descendientes de sus mayores a recibir los homenajes y sumision de los Mejicanos; que a el no le cabia la menor duda que los Españoles eran esos hombres tan largo tiempo esperados; que por lo mismo, conformandose con la voluntad de los dioses, se hallaba resuelto a constituirse tributario y subdito del rey de España y esperaba de ellos estuviesen conformes con su voluntad.

Un murmullo sordo de desaprobacion que se hizo escuchar por todos los angulos del salon hizo conocer a Cortes el disgusto de los concurrentes y la necesidad de conjurarlo. Asi es que inmediatamente tomó la palabra y espuso que no se trataba de despojar a Moctezuma ni menos hacer variacion alguna en la constitucion y estatutos del imperio; que los Españoles lejos de venir con el designio de destruir lo que existia, no traian otro que el de perfeccionarlo, haciendoles conocer los adelantos de la Europa para que pudiesen aprovecharse de ellos; finalmente, que el rey de España, al ofrecerles y acordarles su proteccion, no pretendia hacerlos esclavos, pues si se exijia de ellos obediencia y tributo, era mas co-

mo una prenda de gratitud que como en signo de vasallaje. Estas seguridades ofrecidas, y las esplicaciones que las acompañaban si no disiparon del todo en los concurrentes las ideas que se habian formado de una absoluta destruccion y de una sumision directa al rey de España, disminuyeron a lo menos sus temores hasta aparentar quedaban satisfechos de que el mal no era tan grande como se temia. De este modo se prestaron a hacer lo que habrian reusado si al principio no hubiesen temido cosas mayores. El acto de reconocimiento se estendió con todas las formalidades que los Españoles juzgaron necesarias y se usaban entre ellos para dar valor a semejantes instrumentos, y la junta se disolvió despues de haber dado la primera muestra de vasallaje al rey de España con un presente de oro y alajas, el mas rico y cuantioso de cuantos hasta allí habian recibido los Españoles.

Cortes logró por este medio el unico titulo legal, si tal puede llamarse el arrancado por la fuerza y la sorpresa, para legitimar la conquista y usurpacion de la soberania a favor de la corona de Castilla: pero desde este dia se puede decir se declaró la guerra que estalló poco despues entre Españoles y Mejicanos, pues en el, habiendose escapado a cada uno su secreto; quedaron para siempre enajenados los animos, y rotos todos los vinculos afectuosos de una correspondencia amigable. El primero en

quien se advirtió una variacion notable fué Moctezuma ; empezó a tratar a Cortes y a los Españoles con reserva y frialdad, alejandolos de su presencia todo cuanto permitian las reglas de urbanidad y era compatible con los aparatos exteriores de una buena correspondencia. Ya no era Cortes el consejero de su intima confianza , y se tomaban resoluciones de importancia sin darle parte de ellas , ni contar para nada con su dictamen, cosa que no se habia hecho hasta entonces. Cuando las cosas se hallaban en esta situacion, un incidente vino a ponerlas en peor estado, Cortes o con el animo de hacer una prueba del grado de influencia que disfrutaba aun sobre su prisionero, o movido de aquel fanatismo relijioso que tantas veces puso en el mayor riesgo el exito de sus admirables combinaciones, se empeñó en que Moctezuma abrazase el cristianismo y aboliese en sus Estados el culto de los idolos.

Esta empresa temeraria encontró una resistencia tenacisima en un principe que ademas de ser nimiamente supersticioso, se hallaba ya cansado de hacer costosos sacrificios que provocaban sin cesar otros nuevos y mayores. Irritado el conquistador con la resistencia, y sin acordarse de lo acaecido en Zempoala y Tlascalala, quiso apelar a la fuerza, pero aquel pueblo que habia sufrido pacientemente los mayores ultrajes, se puso en armas para defender

su culto. El enojo e indignacion popular estalló por todas partes, y no es dificil adivinar cual habria sido en aquel dia la suerte de los Españoles, si su general no hubiese amainado contentandose con colocar una imagen de la virgen en un nicho del templo mayor. Así es que esta tentativa imprudente, no solo quedó sin resultado sino que fué muy perjudicial a los Españoles, pues popularizó el odio contra ellos, e hizo patente que podia hacerseles desistir de lo que proyectaban, infundiendoles temor.

Desde entonces se proyectó ya seriamente el desacerse de ellos : Moctezuma tuvo repetidas conferencias y consultas con los de su corte, y es de creerse que no dió un paso sino de acuerdo con ellos. Como quiera que sea, un dia mandó llamar a Cortes y le hizo presente que su mision parecia estar ya concluida, pues habia arreglado todos los puntos de ella y logrado cuanto podia apetecer : que sus pueblos se hallaban resentidos por la intentona contra sus dioses, y recelosos por una mansion tan larga, de que las miras de los Españoles fuesen otras de las que manifestaban : que si el odio popular llegaba a tomar fuerza, el no se creia con la bastante para reprimirlo, y mucho menos cuando se procuraba difundir con pretestos tan plausibles como la prision de su rey y el ultraje de sus dioses : de todo concluyó la necesidad de partir, y acabó por pedirlo

con un tono de decision y firmeza que hacia muchos meses se hallaba desterrado de su semblante. La justicia de la demanda era tan visible, y tan fuertes y urgentes las razones en que se apoyaba, que Cortes, aun cuando hubiera querido negarse a ella, no habria podido hacerlo. Aunque los pretestos de una residencia indefinida en Mejico estaban plenamente agotados, no así los de una dilacion temporal que podia hacer naciesen otros de nuevo : las naves habian sido destruidas, y no habia en que trasladarse fuera del imperio ; era necesario reconstruirlas y esto demandaba algun tiempo. De esta imposibilidad para una pronta salida, que no podia desconocer Moctezuma, se valió Cortes para mantenerse en el pais aparentando sin embargo la mas decidida actividad para apresurar la construccion de las naves.

Aunque Cortes hubiese querido atropellar con la justicia del reclamo de Moctezuma, y sostenerse por la fuerza, no lo habria podido hacer, y nunca mas que entonces era necesario dilatar la guerra por lo critico de su posicion. Solo contaba con doscientos cincuenta hombres dentro de Mejico que apenas bastaban ya para reprimir la audacia creciente de los habitantes, y que si podian hacerse respetar no eran fuerzas suficientes para emprender una guerra, ni menos para sostenerla. Así es que Cortes queria dilatarla en expectativa de los auxilios que aguarda-



ba de Europa y que habia solicitado hacia nueve meses por sus comisionados, los cuales, segun todas las probabilidades, deberian haberlos obtenido y no podrian dilatar mucho en conducirlos. En estas circunstancias llegaron a Moctezuma noticias de haberse avistado buques en la playa, y deseoso de abreviar la partida de los Españoles las puso inmediatamente en conocimiento de Cortes, haciendole ver que ya no debia detenerse por falta de naves. Este que tenia fijos los ojos y la consideracion en el auxilio que esperaba, se llenó de regocijo creyendolo ya llegado; mas la alegria de esta ilusion, tuvo que ceder muy pronto para dar lugar a consideraciones mas serias. Sandoval que habia reemplazado a Escalante en el gobierno de Veracruz, confirmaba la llegada de las naves, pero daba una noticia de su procedencia y objeto nada conforme con las presunciones de Cortes. Es el caso que el adelantado Diego Velasquez que a la partida de Cortes de Cuba habia quedado poco satisfecho de su fidelidad, empezó a concebir las mas violentas sospechas cuando vió que pasaban dias, semanas y aun meses sin que de nada se le diese cuenta; esos temores pasaron a ser evidencias, cuando los comisionados Portocarrero y Montejo, enviados a la corte por el conquistador, contra las instrucciones que este les habia dado, tocaron en Cuba, e instruyeron a algunos de los subditos de Velasquez de los ac-

tos por los cuales el ejército había desconocido su autoridad confirmandola por entero a Cortes, para que sin dependencia de otro y a nombre del rey, mientras este disponia otra cosa se encargase de la expedicion.

Con menos motivo un espíritu ambicioso poseido de la envidia, se habría determinado a tomar de su enemigo una ruidosa venganza, cuanto mas era de creerse que lo hiciese Velasquez, que había costeadó los principales gastos de la expedicion y se hallaba con valimiento en la corte. Así es que se resolvió a hacer el último esfuerzo para destruir a su enemigo y despojarlo al mismo tiempo de su gloria y sus conquistas. La mas grande armada y el mayor ejército que levantaron los Españoles para sus conquistas en America fueron el fruto de este resentimiento. Diez y ocho naves con ochocientos infantes, ochenta caballos y doce piezas de cañon se entregaron a Panfilo de Narvaez con orden espresa de apoderarse de Cortes y de sus principales amigos, remitirlos presos a Cuba y concluir la conquista a nombre de Velasquez. La travesia de Narvaez fué sin contratiempo, y al llegar a Veracruz tuvo tambien la felicidad de hacerse de interpretes en tres soldados que sabian el mejicano y desertaron de la guarnicion de la plaza a su campo; pero este servicio quedó compensado por el perjuicio que le causaron con la confianza indiscreta que fomentaron

en el, pintandole la situacion de Cortes enteramente desesperada y exajerando la facilidad de rendirlo.

Narvaez, hombre valiente pero lijero y de un talento en nada comparable al de Cortes, lo dió todo por hecho desde luego, así por la notoria superioridad de sus fuerzas como porque creyó sin vacilar cuanto se le quiso decir : sin embargo, para asegurar mas el exito, abrió correspondencia con Moctezuma, y la condujo de un modo tan poco delicado, que con el fin de despopularizar a su enemigo no reparó en el descredito de su nacion. Le pintó a Cortes y a los que le seguian como facinerosos y rebeldes a su rey, usurpadores de su autoridad y que habian venido fugados para evitar el castigo : le aseguró que si estaba preso era contra la voluntad del monarca español, y que el venia encargado de ponerlo en libertad, ultimamente nada omitió para hacerle odioso a Cortes y animarlo a sacudir el yugo que se le habia impuesto.

Entretanto en Veracruz pasaba una escena de otra clase. Un eclesiastico de caracter fogoso y poco comedido fué encargado por Narvaez de intimar a Sandoval la rendicion de la plaza. Guevara, que así se llamaba, se presentó al gobernador y le hizo saber su comision, se negó este a lo que se le pedia, y entonces el encargado de la intimacion lo trató de un modo tan brusco, que Sandoval, militar y hombre poco sufrido, se apoderó de su persona y ejecu-

tivamente le mandó preso a Mejico. Cortes se hallaba en esta ciudad en una situacion verdaderamente penosa. Su reputacion, arma casi unica con que hasta entonces habia logrado superar todo genero de riesgos, se hallaba arruinada entre los habitantes de Mejico por las declaraciones de Narvaez, y Moctezuma, en consecuencia de ellas, aumentaba sus desvios: tenia que haberselas con un capitán valiente, y un ejercito nada inferior al suyo en tactica, armas y disciplina, y muy superior en su fuerza numerica: ultimamente, sus soldados eran aquellos mismos que tantas veces se le habian sublevado a la vista del peligro, cuando no lo habian conocido y cuando no tenian medios de salir del teatro de la guerra, consideraciones que fundaban solidamente el temor de una desercion total. Por otra parte si aguardaba en Mejico estaba a riesgo de ser batido por Narvaez y los Mejicanos; pero si salia, o abandonaba la capital y al monarca, perdiendo esta presa estimable y con ella todas las ventajas adquiridas a tanta costa, o dejaba algunos de sus soldados para guardarla, y entonces la division de sus fuerzas, ya debiles por si mismas, lo hacia incapaz de sostenerse en ninguno de los puntos en que convenia ser fuerte; sin embargo era necesario elegir entre estos extremos por la imposibilidad de salir de ellos, y Cortes, sin perder ocasion ni tiempo, se dedicó a formar su plan.

Lo primero que hizo fué poner en libertad a los que por orden de Narvaez intimaron la rendicion a Veracruz, y le habian sido enviados presos: no solo reprobó la conducta de Sandoval por esta accion y le reprendió severamente, sino que agasajó cuanto pudo a Guevara sin descuidarse de ponerlo en situacion de advertir por si mismo el ascendiente que disfrutaba sobre Moctezuma y los habitantes de Mejico, lo mismo que la entera sumision a su voluntad de la republica de Tlascalala; así le hizo ver, sin parecer que lo hacia de intento, los grandes medios de poder y resistencia con que contaba para defenderse, y las inmensas esperanzas que podrian formar los que quisiesen hacer fortuna poniendose a sus ordenes y auxiliandole en la empresa. No parece necesario advertir que todos estos manejos, diestramente calculados, se dirijian a sembrar la discordia en el ejercito enemigo y a poner en juego a favor de Cortes los dos grandes resortes del corazon humano, la esperanza y el temor. Así es que luego que se advirtió estar ya Guevara y sus compañeros en disposicion de obrar como se necesitaba fueron remitidos al campo de Narvaez.

Pero Cortes, infinitamente activo cuando el caso lo pedia, no descansó solo en lo que podrian hacer los que acababa de poner en libertad, sino que con pretesto de solicitar un acomodamiento, pero sin otro fin que hacerse partidarios en el ejercito ene-

migo, envió a el con proposiciones de paz al P. Olmedo, su capellan, hombre respetable, que no podia temer un insulto, y ademas de eso estrechamente unido por relaciones de amistad con las personas mas influentes del bando contrario. Cortes con este paso, ademas de poner de su parte la justicia o sus apariencias, cosa que jamas descuidó, lograba ganar para sí o a lo menos para la paz a muchos de los que militaban a las ordenes de Narvaez por medio de una mision, que aunque en lo ostensible iba dirigida a este, realmente debia surtir sus efectos en aquellos. Los resultados fueron exactamente los mismos que se buscaban. Guevara y sus compañeros primero, y despues el P. Olmedo, hablaron con decision a Narvaez sobre la necesidad de mantener la paz por un acomodamiento, ponderando la dificultad de obtener una victoria a cualquiera de las partes, y lo funesto que esta deberia ser a ambas por las perdidas y atrasos a la causa de la España, que ninguno de los partidos belijerantes deberia perder de vista ni dejar de considerar como la primera.

Como lo habia previsto Cortes, Narvaez se negó obstinadamente a escuchar toda proposicion que no partiese del principio de una sumision absoluta; pero Guevara, irritado de la repulsa que habia sufrido, y el P. Olmedo invariablemente adicto a los intereses de Cortes, se procuraron oyentes mas do-

ciles y los hallaron entre los capitanes y soldados del ejército. El carácter respetable del uno y la imparcialidad que se suponía en el otro produjeron todo su efecto, y la opinión por la paz progresaba asombrosamente, cuando Narvaez, irritado de semejantes manejos, no solo procuró cortarlos separando de la comunicación de su tropa a los que los promovían, cosa que nadie podía censurarle, sino que también se propasó hasta acordar un bando en que ponía a precio la cabeza de Cortes, tratando como traidores a él y a todos los que le siguiesen. No pudo tolerar semejantes excesos el licenciado Vasquez Ayllon, oidor de Sto.-Domingo, que habiendo hecho inútiles requerimientos a Velasquez, se había venido con la expedición de Cuba: este pues se presentó a Narvaez pidiendo que nada se acordase sobre las propuestas de Cortes sino en consejo de guerra; pero este general había pasado muy adelante para que pudiese ser contenido, así es que quiso llevar a efecto la publicación del bando, lo cual provocó una nueva escena de escándalo, pues el licenciado hizo una oposición vigorosa ordenando a los soldados a nombre del rey que nadie se moviese de Zempoala, ni hiciese uso de las armas sino por acuerdo del consejo de guerra, y Narvaez, irritado hasta el exceso, sin tener en nada la persona y representación de su opositor, lo hizo prender y remitió a la isla de Cuba.

Actos tan marcados de furor y descompostura acabaron de arruinar el prestigio y concepto de Narvaez entre su tropa, y produjeron un general desaliento de que, cuando llegó el caso, se sirvió tan admirablemente Cortes. El P. Olmedo regresó a Mejico con la noticia de lo ocurrido, y Cortes, que jamas habia vacilado en atacar a Narvaez, cuando vió el buen exito de sus manejos, determinó adelantarlos y reproducirlos antes de llegar a las manos; pero queriendo hacerlo de mas cerca, determinó su salida de Mejico. Para guardar a Moctezuma y conservar la ciudad dejó al capitan Pedro de Alvarado con ciento y cincuenta españoles, recomendandole la vijilancia, que estuviese precisamente a la defensiva, y sobre todo que cuidase de evitar todo motivo de desavenencia entre el, los Mejicanos y su monarca. Con Moctezuma se halló mas embarazado, pues a pesar de que no podia ocultarsele que este principe habia penetrado el objeto de la espedicion de Narvaez, mas prudente y recatado que este, jamas se determinó a confesar a estraños las diferencias que pasaban entre los Españoles. Así es que cuando llegó el caso de decir algo que motivase su partida, se atuvo a ciertas espresiones generales de *equivocos* que habian suscitado algunas diferencias momentaneas, las cuales iba a hacer desapareciesen por esplicaciones amigables.

Es difícil penetrar cuales eran las miras de Moc-



tezuma en una crisis semejante: el mantenía comunicaciones amigables con Narvaez, como lo prueban los regalos que le hizo, y al mismo tiempo prometía a Cortes serle fiel y hacer todo lo que de él exigiese, adelantándose a ofrecerle con instancia el auxilio del ejército mejicano. Lo más probable es que se lisonjeara de la destrucción de los dos partidos beligerantes; pero temeroso de que alguno de ellos llegase a prevalecer y quedase aun todavía bastante fuerte para inspirarle temor, quería anticipadamente hacerse propicios a ambos; su conducta así lo comprueba, pues en todo el período de la campaña fué la de un simple espectador que mantiene el *status quo*.

Entre tanto Cortes dió orden a Sandoval para que abandonando la fortaleza de Veracruz al cuidado de los Zempoales, saliese a recibirlo con todas sus fuerzas al punto que le señaló, y después de haber recojido las que tenía en Mejiico y despedidose de Moctezuma, emprendió su marcha por el camino de Cholula con todas las precauciones que el caso y las circunstancias exigían. Aunque los Tlascaltecas lo recibieron con las muestras más cordiales de afecto, muy desde luego advirtió que la decisión por su causa personal no era tanta que pudiese estar a prueba en una vacilante fortuna, pues habiendo solicitado de ellos un cuerpo auxiliar de seis mil hombres, no pudo obtenerlo; y aunque los historia-

dores estan discordes en los pretestos o motivos que para reusarlo alegó el senado, todos convienen en que ningun Tlascalteca tomó las armas contra Narvaez. Ni en las circunstancias en que por entonces se hallaba Cortes, ni aun despues del triunfo, le convenia darse por ofendido de semejante repulsa, así porque su prestigio padeceria con esto, como porque si una vez llegaba a romper con los Tlascaltecas, quedaba para siempre privado del unico punto de apoyo con que podia contar para la conquista de Mejico. Conformandose pues con lo que daba de sí el tiempo, marchó con su pequeño ejercito y se reunió con Sandoval en las inmediaciones de Zempoala. Las noticias que este le trajo de las pocas precauciones o mas bien total descuido con que se vivia en el campo de Narvaez, eran cual podia desearlas. Dos Españoles de la guarnicion de Veracruz, disfrazados de Zempoales, observaron lo bastante para poder dar idea de que la sorpresa no seria un paso enteramente aventurado, y Cortes, conociendo que solo de esta manera se podria concluir la guerra de un golpe, no vaciló en elejir este partido.

Pero así por afirmar el credito de moderado que ya se habia adquirido, como por acabar de adormecer la poca vijilancia que habia quedado al enemigo, y ver si lograba aumentar la discordia que ya existia entre su gente, se determinó a entablar de

nuevas negociaciones pacíficas, y envió sucesivamente al campo de Narvaez al P. Olmedo y al capitán Juan Velasquez de Leon, que nada pudieron conseguir y regresaron con esta noticia. Los soldados de Narvaez, inclinados a la paz, no vieron sin sentimiento el que esta se frustrase de nuevo, y lograron por fin de el que se mandase a Cortes al secretario Andres de Duero, para escuchar y transmitir las proposiciones a que hasta entonces se habian cerrado los oidos. Despues de varias conferencias en que Cortes, de buena o de mala fe, llegó hasta ofrecer que abandonaria sus conquistas e iria a buscar fortuna por otra parte, se ajustó una entrevista entre el y Narvaez; pero advertido oportunamente del riesgo que corria de ser sorprendido en una emboscada que se proyectaba para sorprenderlo o matarlo, o lo que es mas probable, afectando dar credito a esta noticia que en su interior despreciaba, rompió la negociacion manifestandose profundamente indignado y confiando su suerte a la fuerza de las armas.

El ejercito de Cortes apenas constaba de doscientos setenta y seis Españoles y dos mil Indios auxiliares, y con el se movió hasta ponerse a una legua de Zempoala, a donde habia llegado Narvaez, y ocupado militarmente un templo compuesto de tres torreones o capillas edificadas sobre un terraplen que dominaba por todos lados el terreno exterior.

El rio conocido actualmente por el nombre de *la Antigua* dividia ambos ejercitos, y Narvaez hizo alarde de presentar y ofrecer la batalla que no fué aceptada, formando su tropa en las marjenes por el lado de Zempoala. Cortes en la parte opuesta se mantuvo inmóvil en su campo atrincherado, y un fuerte turbion de los que en la estacion de las lluvias son frecuentes en Mejico, obligó despues a Narvaez y a su gente poco acostumbrados a la intemperie, a entrarse en sus puestos fortificados con la confianza de que nada habria que temer, asi por la profundidad del rio que dividia a ambos ejercitos, como por la aspereza del temporal que hacia intran-sitable todas las sendas y veredas; solo se pusieron dos centinelas avanzadas para cuidar las avenidas, y sin otra precaucion se entregaron todos al sueño. Cortes tuvo noticia de cuanto pasaba en el campo enemigo por el secretario Duero que no se avergonzaba de hacer traicion a su general, é intimamente convencido de la necesidad de aprovechar una ocasion que acaso no volveria a presentarsele, se determinó a dar un asalto y sorprender al enemigo en sus mismos puestos. Al efecto despues de haber superado los obstaculos que presentaba el rio, formó su ejercito en tres cuerpos que habian de sucederse en el asalto: el primero lo puso a las ordenes de Sandoval, el segundo a las de Olid, y se quedó con el ultimo que podia llamarse el de re-

serva para acudir a donde conviniese. Las instrucciones fueron que la division de vanguardia se apoderase a viva fuerza de la escalera que abria el paso al terraplen, y en esto fuese sostenida por el centro, y que una vez dueña de la altura se abriese por los flancos a fin de cortar la comunicacion de los torreones, apoderarse de los laterales y dar lugar al centro para atacar el del medio mientras el se preparaba con su reserva a venir en apoyo del punto que flaquease. Dispuesto todo, emprendió la marcha el ejército de Cortes en el mayor silencio y sin apresurarse, así para que los soldados pudiesen dar sobre Narvaez sin hallarse fatigados, como para dar lugar a que la tropa de este, mas confiada, se entregase al sueño y pudiese ser sorprendida hallandose todos los que la componian enteramente desprevenidos. Cuando se habia andado media legua se tropezó con una avanzada del enemigo compuesta de dos soldados, de los cuales solo se logró prender a uno pues el otro se fugó. Entonces se determinó apresurar el paso, para llegar primero que el fugado o a lo menos con el al cuartel de Narvaez, y no perder la sorpresa. Este habria podido evitarla por el aviso oportuno que recibió del soldado que no pudo ser aprendido, pero se empeñó en no creer la relacion que se le hacia, y el tiempo que podia haber empleado utilmente en ponerse en estado de defensa, se perdió disputando